

Desmercantilización, Economía Solidaria y Buen Vivir. Propuestas desde el post-crecimiento

Koldo Unceta Satrustegui
Instituto Hegoa - Universidad del País Vasco

Introducción.-

Economía Solidaria, Consumo responsable, Economía de la Felicidad, Democratización de la Economía, Economía del Bien Común, Comercio Justo, Economía del Don, Decrecimiento, Reciprocidad, Reproducción ampliada de la vida, Buen Vivir, Vivir Bien...

Estas y otras nociones, de perfiles más o menos definidos, vienen ocupando desde hace tiempo la atención de investigadores y de activistas sociales. Ello refleja, en mi opinión, dos preocupaciones que se complementan. Por un lado el creciente descontento hacia un estado de cosas que provoca cada vez más problemas, deja a un mayor número de personas en situación de marginación y exclusión, y amenaza incluso la continuidad de la vida humana sobre el planeta, al menos en las condiciones en las que ha existido desde hace ya bastantes siglos.

Y, por otra parte, refleja también una preocupación por definir y construir alternativas, por ir tejiendo un conjunto de ideas, y de redes de pensamiento y de acción que permitan avanzar hacia nuevas propuestas emancipadoras. Como dice Jose Luis Coraggio, sostenibilidad, democratización de la economía, solidaridad, reciprocidad, equidad, consumo responsable, Buen Vivir, etc... son *“nombres, prácticas, criterios y sentidos que se buscan mutuamente”* (Coraggio, 2011: 34).

Ahora bien, ¿Cómo plantear una lectura conjunta de algunos de los problemas en presencia? ¿Cómo avanzar en la definición de algunos criterios que puedan arrojar luz sobre la transición-o las transiciones hacia sociedades más justas y sostenibles? Trataré de proponer algunas ideas que permitan discutir sobre estas cuestiones.

Mi punto de partida es la incompatibilidad entre la *sociedad de mercado* y los principios de solidaridad y sostenibilidad que están presentes en la noción de

Buen Vivir y, más en general, de cualquier alternativa al modelo de desarrollo vigente.

“Una economía de mercado es un sistema económico regido, regulado, y orientado únicamente por los mercados. La tarea de asegurar el orden en la producción y distribución de bienes es confiada a ese mecanismo autorregulador. Lo que se espera es que los seres humanos se comporten de forma que puedan ganar el máximo dinero posible. Tal es el origen de una economía de este tipo” (Polanyi, 1997: 122). Hace ahora 70 años, Karl Polanyi, en su famosa crítica del proceso de mercantilización forzosa de la sociedad, planteaba así la esencia de la economía de mercado (no confundir con economía *con* mercados), a la vez que llamaba la atención sobre las nocivas consecuencias de dicho proceso. Hoy, bien entrado ya el siglo XXI, conocemos bien hasta qué punto la mercantilización ha tratado de ser llevada hasta sus últimas consecuencias, poniendo en peligro la convivencia humana y la propia sostenibilidad de la vida.

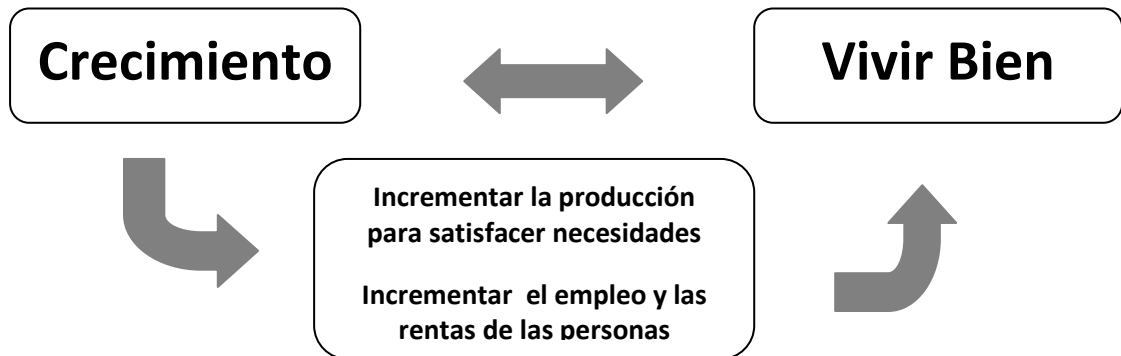
En este contexto, las posibilidades de avanzar hacia el Buen Vivir, hacia una forma de vida capaz de asegurar una mayor satisfacción humana, basada en la equidad, la cohesión social y la sostenibilidad, chocan abiertamente con la continuada expansión del mercado en todos los ámbitos de la vida. Ahora bien, es preciso recordar que esta expansión continuada del mercado se ha basado, en buena medida, en la defensa a ultranza del crecimiento económico como sinónimo de mayor bienestar. De hecho, crecimiento de la economía y crecimiento del mercado han sido las dos caras de la misma moneda.

Existen dos maneras distintas de enfocar la relación entre el Crecimiento y el Vivir Bien. Hay una primera posición que enfatiza la idea de que Buen Vivir o Vivir Bien no tiene nada que ver con la idea de Vivir Mejor. Desde esta posición, carecería de sentido razonar en términos de crecimiento, ya que no se trata incrementar el bienestar, sino más bien de mantener unas determinadas formas de vida y de inserción en la naturaleza.

Sin embargo, en otros enfoques, para poder Vivir Bien es necesario mejorar, ya que el punto de partida es una situación en la que prevalece la privación humana, o la ausencia de oportunidades. De ahí que, para superar esa situación de pobreza, o de marginación, se plantea la necesidad de prosperar, y es ahí donde entra a funcionar la lógica del crecimiento, planteándose que el

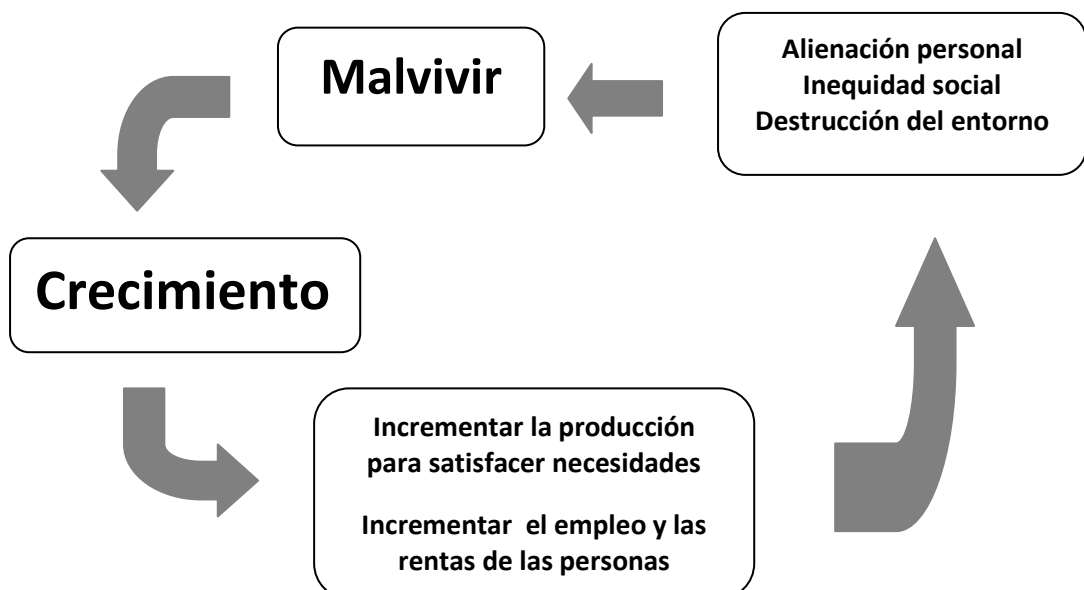
mismo es necesario para poder producir más –de cara a satisfacer las necesidades humanas-, y para generar más rentas –mediante la creación de empleos-. Esta lógica es la que se refleja en la figura nº 1:

Figura nº 1:



Sin embargo, los resultados del crecimiento económico no son siempre los esperados. Por el contrario, en muchas ocasiones esos resultados se transforman en frustraciones en el ámbito personal, en desigualdad y desvertebración de la sociedad, y en crecientes daños ambientales. Y todo ello acaba desembocando en una situación de malestar, de mal vivir, de maldesarrollo, que provoca nuevos debates sobre cómo salir de dicha situación, debates en los que casi siempre sale triunfando la receta del crecimiento. Este proceso es el que se refleja en la figura nº 2:

Figura nº 2:



Partiendo de estas consideraciones, comenzaremos por discutir las relaciones entre crecimiento, mercado y Buen Vivir para, posteriormente, plantear algunas líneas para una estrategia basada en una lógica de postcrecimiento.

Sobre mercado, crecimiento y Buen Vivir

Es bien sabido que la defensa del crecimiento económico ha constituido el centro de todas las estrategias de desarrollo propuestas desde el pensamiento oficial a lo largo de los dos últimos siglos convirtiéndose, al mismo tiempo, en una de las bases principales para la permanente ampliación de la esfera del mercado.

Como ya se ha señalado, la defensa del crecimiento se ha realizado, por un lado, apelando a las necesidades humanas y al imperativo de producir más para poder satisfacerlas mismas; y, por otro, invocando al crecimiento como requisito para crear más empleos e incrementar así las rentas de la población. Además de estas dos cuestiones, la fácil aceptación del PIB/hab. como elemento simplificador de la compleja realidad económica -y su consiguiente consolidación como referencia del pensamiento económico convencional- ha sido otro factor que ha contribuido a impulsar la idea del crecimiento económico. Y, en el mismo sentido, puede hablarse de la coartada que la apuesta por el crecimiento ha significado para evitar los debates sobre la distribución (Unceta 2012).

Sin embargo, y pese a la centralidad alcanzada por la cuestión del crecimiento en los debates sobre el desarrollo, han sido mucho los cuestionamientos del mismo realizados en la historia del pensamiento económico, bien señalando la inconveniencia de mezclar ambos conceptos, bien planteando problemas más específicos como la inviabilidad y/o la inestabilidad de un modelo sustentado sobre el crecimiento. DE hecho, la crítica de la defensa del crecimiento como un fin, capaz de asegurar por sí mismo el bienestar humano, enlaza con planteamientos muy antiguos como los del propio Aristóteles, para quien *“la riqueza no es el bien que estamos buscando, ya que solamente es útil para otros propósitos y por otros motivos”*, cuestionamiento que con posterioridad ha estado presente en las reflexiones de un gran número de economistas, que van desde Stuart Mill y sus consideraciones sobre el estado estacionario hasta Amartya Sen y la necesidad de valorar los bienes en función de las opciones

que los mismos abren a las personas y no por sí mismos. Un economista del desarrollo tan destacado como Albert Hirshman, llegó a señalar que *“la economía del desarrollo debía guardarse muy bien de pedir prestado de la economía del crecimiento”*, lo que da buena muestra de las cautelas con las que, más allá del pensamiento oficial, ha venido siendo tratado este asunto.

La crítica del crecimiento como objetivo ha ido, no obstante, más allá del debate sobre los fines y los medios del desarrollo. A lo largo de las últimas décadas, el crecimiento ha sido especialmente cuestionado desde dos enfoques distintos pero complementarios: como inviable y como indeseable. La inviabilidad de una estrategia basada en el crecimiento ha sido señalada tanto desde la perspectiva los límites sociales como de los límites naturales¹. Por su parte, la inestabilidad de un modelo basado en el crecimiento económico ha venido siendo planteada por diferentes autores, subrayando sus elevados costes sociales (Mishan, 1989) y/o su controvertida relación con la satisfacción humana (Scitovski, 1976; Max-Neef, 1994; Hamilton, 2006), dando lugar a nuevas y distintas aproximaciones al debate sobre el bienestar. Puede observarse por tanto que, desde diversos puntos de vista, se ha venido mostrando que el crecimiento económico ha generado en ocasiones más problemas de los que debía solucionar, constituyendo al mismo tiempo una fuente de frustración y de malestar para muchas personas.

En las últimas décadas, los reproches a la noción de crecimiento han ido más lejos, incluyendo un cuestionamiento global de la propia noción de desarrollo. Los trabajos de finales de los años 70 de autores como Castoriadis, Morin, Gorz, Illich, etc.² representaron el inicio de una nueva fase en los debates sobre desarrollo que enlazarían con algunas críticas a la modernidad, y hacia lo que ella simboliza como referencia o modelo de organización de la vida económica y social. Ello ha dado lugar, en los últimos tiempos, a una mayor presencia de las corrientes postdesarrollistas, que han enlazado con esta doble

¹ Los años 70 fueron testigos de la publicación de sendos trabajos pioneros sobre estas dos cuestiones. Por un lado el de Meadows et al. (1972), que planteó los límites ecológicos del crecimiento; y por otro el de Hirsch (1977), que vino a enfatizar los límites sociales del mismo.

² Ver a este respecto J. Attali et al.(1979)

consideración del crecimiento como estrategia inviable e indeseable al mismo tiempo.

Los enfoques del Buen Vivir participan en buena medida de este escepticismo y de la desconfianza de estas críticas hacia el crecimiento económico, y plantean la necesidad de estrategias que descansen sobre otras bases. Además, existe una contradicción que trasciende el plano teórico, y se expresa en términos sociales en los conflictos surgidos en torno a las prácticas extractivistas que, en nombre del crecimiento, se llevan a cabo en diversos países latinoamericanos.

En determinados ámbitos y sectores se ha visto en todo ello una coincidencia casi absoluta entre el Buen Vivir y las propuestas de la escuela del Decrecimiento, surgida en Europa, y especialmente en Francia, en la primera década de este siglo³. Si bien no es mi propósito analizar aquí las coincidencias y discrepancias entre los enfoques del Decrecimiento y los del Buen Vivir⁴, conviene señalar que no es en absoluto evidente que la disminución de la producción (y menos aún de su valor monetario) sea la condición para el avance hacia el Buen Vivir, y para la consecución de una sociedad más sostenible y equitativa. Por una parte, es sabido que hay sociedades cuya capacidad productiva debe aumentar para satisfacer algunas necesidades humanas básicas. Pero, en todo caso, no debe olvidarse que el PIB constituye una variable que mide flujos monetarios, lo que hace que su relación con el bienestar sea contradictoria y en todo caso indirecta.

Algunos defensores del decrecimiento como Aries, eluden esta objeción planteando que en realidad utilizan el término como "*palabra obús*", como crítica genérica a la noción de crecimiento, negando que planteen específicamente una disminución de la producción en términos de PIB. Sin embargo creo que en diversos lugares del mundo, en donde la gente se ve privada de bienes esenciales, la propuesta de decrecer presenta innumerables problemas de índole política y es escasamente pedagógica, lo que podría

³ Uno de los textos más representativos de esta corriente es el de Latouche (2006). Ello no obstante, es preciso señalar que, dentro del enfoque del decrecimiento conviven distintas aproximaciones, como la del decrecimiento sostenible defendida entre otros por J. Martinez Alier.

⁴ Ver a ese respecto Unceta (2013)

derivar en un “*efecto boomerang*” producido por la “*palabra obús*” del decrecimiento. Ello es especialmente relevante en momentos de recesión económica –como los vividos en América Latina en los 80, o los que se viven actualmente en algunos países europeos- en los que la caída del PIB se asocia al empobrecimiento de amplios sectores de la población.

El Buen Vivir desde el Postcrecimiento

De acuerdo con lo anterior, mi posición es que el Buen Vivir debe descansar en una lógica distinta de la del crecimiento – en línea con la idea del post-crecimiento (Hamilton, 2006)- sin que ello deba necesariamente asociarse con los planteamientos defendidos por la escuela del decrecimiento. Ahora bien ¿qué elementos pueden formar parte de una propuesta hacia el buen vivir que deje al lado el crecimiento? ¿Qué elementos podrían dar cuerpo a una estrategia que pase página respecto del crecimiento y que se sitúe claramente en una lógica de post-crecimiento?

Dentro de los diferentes aspectos que forman parte de este debate, existen en mi opinión tres dimensiones clave a tener en cuenta. Estas tres dimensiones son la desmaterialización, la desmercantilización, y la descentralización, las cuales se encuentran por otra parte interrelacionadas, formando parte indisoluble de cualquier estrategia a favor de una alternativa al crecimiento.

Señalaremos, en primer lugar, la necesidad de avanzar hacia una *desmaterialización* de la producción, lo que implica una organización de la vida económica más eficiente, basada en un menor flujo de energía y materiales, así como en una clara apuesta por el reciclaje. La opción por la desmaterialización parte de asumir que la insostenibilidad del modelo actual está directamente relacionada con la degradación de la base física de la economía, derivada de la abusiva utilización de recursos y de los impactos ambientales generados. Desde esta perspectiva, la clave no estaría tanto en un descenso del valor del PIB –en tanto que como variable monetaria-, sino en una disminución de la cantidad de recursos utilizados para producir. A lo largo de las dos últimas décadas, la *desmaterialización* ha sido vinculada a algunas propuestas específicas, como las denominadas factor 4 o factor 10, orientadas a incrementar el bienestar reduciendo al mismo tiempo la utilización de

recursos⁵. La necesidad de una cierta desmaterialización de la producción ha sido también admitida por algunas instancias como la OCDE o la Unión Europea, quienes establecen como objetivo el desacoplamiento del crecimiento respecto de su base física. Algunos autores, como Bermejo et al. (2010), consideran sin embargo que estos posicionamientos institucionales tienen una escasa credibilidad al plantearse como justificación para perpetuar una estrategia basada en el crecimiento, tratando de aumentar el valor mercantil creado por unidad física de recursos.

Dentro de este campo de preocupaciones, un asunto a considerar que la viabilidad de las propuestas de desmaterialización, requieren que las mismas vayan más allá de los cambios en la esfera tecnológica que, aun siendo necesarios, no son en modo alguno suficientes. En este sentido, hace falta plantear la desmaterialización de la producción en el marco de una propuesta global que implique la propia reconsideración del consumo pues, de lo contrario, la menor utilización de recursos por unidad de producto podría verse ampliamente compensada por el incremento del número de unidades producidas. Por otra parte, la apuesta por la disminución del consumo y por vincular el mismo a la satisfacción real de las necesidades humanas, enlaza con aquellas críticas al desarrollo como un modelo basado en la obligatoriedad de consumir más para seguir el ritmo del conjunto de la sociedad, como estrategia para evitar la marginación, lo que en último término ha constituido una fuente permanente de frustración e insatisfacción.

Sea como fuere, lo cierto es que la desmaterialización constituye un pilar fundamental para cualquier estrategia basada en una lógica de postcrecimiento lo que resulta de especial aplicación a los debates sobre el Buen Vivir.

En segundo lugar, cualquier alternativa al crecimiento debe descansar en una estrategia de *desmercantilización*. Se trata de una cuestión que se encuentra directamente vinculada con la reflexión ya realizada en el punto anterior sobre el tema del consumo. Como se ha venido señalando, la necesidad de entrar en una era de postcrecimiento -como marco para cualquier propuesta sobre el

⁵ Los trabajos del Instituto Wuppertal del Clima, Medio Ambiente y Energía de Alemania, han sido pioneros en este campo. Es interesante recordar también el tercer informe al Club de Roma, dedicado a esta misma cuestión (Von Weizsäcker, E.U., L. H. Lovins y A. B. Lovins, 1997).

Buen Vivir- implica abandonar referencias como el PIB/hab,. que se basa en asociar el supuesto bienestar de las personas al valor que los bienes alcanzan en el mercado, y ello con independencia del valor de uso de los mismos y de su contribución a la satisfacción de las necesidades humanas. A este respecto, diversos autores han señalado que la reducción de la esfera del mercado puede dar lugar a una mayor eficiencia social y ecológica, y también a una mayor satisfacción personal. También existen vínculos entre las propuestas de desmercantilización y algunas preocupaciones de la economía feminista, relacionadas el tema de los cuidados y la sostenibilidad de la vida. Sobre estas cuestiones Bonaiuti (2006) plantea centrar la atención en lo que llama “*bienes relacionales*” (atenciones, cuidados, conocimientos, participación, nuevos espacio de libertad y de espiritualidad, etc.) y hacia una economía solidaria, basada en otras premisas distintas de las que se derivan de una lógica basada exclusivamente en el mercado.

La desmercantilización constituye una propuesta que se orienta a reducir la esfera del mercado promoviendo una estrategia múltiple que contemple también otras formas de relación social y de satisfacer las necesidades humanas. Una cuestión relevante, que afecta directamente a las posibilidades una efectiva disminución de esa esfera del mercado, es la que tiene que ver con lo que se ha dado en llamar financiarización de la economía, proceso por el cual ha ido ampliándose sin cesar la tipología de productos intercambiables en los mercados financieros (sean tangibles o intangibles, presentes o futuras promesas,...) y que ha ido de la mano de un constante aumento de la intermediación de las instituciones financieras y de su intervención en todo tipo de actividades mercantiles⁶. La posibilidad de promover y abrir camino a otras formas de relación social alternativas pasa, en cualquier caso por una nueva lectura de conceptos como producción, consumo o trabajo⁷, de modo que puedan considerarse estas categorías más allá de su relación con el mercado (producción mercantil, consumo a través del mercado, trabajo como empleo

⁶ Una buena aproximación a la cuestión de la financiarización puede verse en Martínez González-Tablas (2011).

⁷ Ver a este respecto Álvarez Cantalapiedra et al. (2012).

remunerado). En el siguiente apartado volveremos sobre algunos de estos asuntos, relacionándolos con las posibles estrategias alternativas.

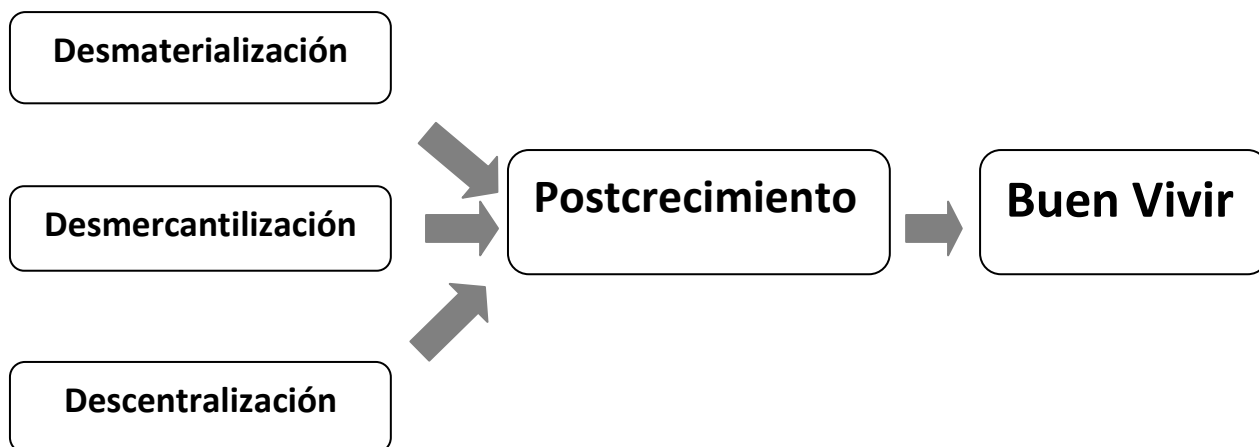
Por último, consideramos que es imprescindible vincular el abandono de la lógica del crecimiento –y la necesidad de entrar en una era de postcrecimiento– a la cuestión de la *descentralización* de las actividades económicas y a un cambio en la escala de la producción y el intercambio. Estas cuestiones se encuentran relacionadas con la cada vez mayor dimensión, así como con el alcance y las implicaciones que, en términos espaciales, han adquirido las actividades humanas a lo largo de las últimas décadas, en el contexto de un proceso estimulado por la globalización y que ha supuesto la desterritorialización de buena parte de dichas actividades. Además, en proceso ha conducido a una creciente concentración del poder económico, el cual se ha basado, precisamente, en la defensa del crecimiento y la necesidad de impulsar el mismo.

Los avances que puedan darse en la *desmaterialización* o en la *desmercantilización* de las actividades económicas dependen en buena medida de esta *descentralización* y disminución de la escala productiva. El tamaño alcanzado por los mercados, los requerimientos de materiales y energía que se derivan de las necesidades del transporte a gran distancia, la creciente dependencia de recursos externos, la complejidad y sofisticación alcanzadas por las grandes redes de intermediación comercial, o los propios intereses financieros y especulativos asociados a las mismas, constituyen factores que tienden a reproducir y perpetuar la lógica del crecimiento y limitan el posible alcance de estrategias alternativas. La descentralización de las actividades económicas se encuentra en línea asimismo con algunas de las cuestiones señaladas la nueva economía institucional, en el sentido de reducir los costes de transacción fortaleciendo las redes de confianza y la institucionalidad de la vida social.

Es importante subrayar que el tamaño de los mercados y algunos otros de los factores señalados, afectan también a la propia capacidad de las sociedades locales de controlar los procesos y gestionar sus recursos. A la desterritorialización de buena parte de los procesos económicos asociada al proceso de globalización, ha venido a sumarse la ruptura del vínculo entre muchas actividades y los ámbitos de decisión y regulación, todo lo cual ha

provocado nuevos retos para la gobernanza multinivel. En ese contexto, puede hablarse de una progresiva quiebra de la democracia, así como de las posibilidades de organizar la vida social de acuerdo con los deseos de las personas y con la diversidad cultural de los distintos territorios. Desde esta perspectiva, la apuesta por la *descentralización* no sólo constituye un requerimiento para una estrategia basada en el postcrecimiento sino que representa asimismo un elemento básico para cualquier alternativa de Buen Vivir, ya que resulta muy difícil articular sociedades más solidarias -y mejor integradas en el conjunto de la naturaleza- al margen de la participación de la gente, y de espaldas a las aspiraciones y anhelos de las personas.

Los tres aspectos señalados -*desmaterialización*, *desmercantilización* y *descentralización*- constituyen partes esenciales de cualquier horizonte de postcrecimiento. Ahora bien, es preciso apuntar que los mismos se encuentran interrelacionados, y que los avances que puedan lograrse en alguno de ellos pueden favorecer –y viceversa- la contribución de los otros dos en la estrategia del postcrecimiento. Se trata, en todo caso, de cuestiones relevantes para las plantear propuestas alternativas de organización de la vida, en la perspectiva de los debates existentes sobre el Buen Vivir.



Desmercantilización y Buen Vivir

De acuerdo a esto último, pasaremos ahora a relacionar las anteriores cuestiones con algunos asuntos más relevantes que se encuentran en muchos de los trabajos recientes sobre el Buen Vivir. La realidad es que existe un amplio debate –tanto en el ámbito académico como en el plano social- sobre el significado y alcance del concepto de Buen Vivir, poniéndose de manifiesto

diversas aproximaciones, que van desde las más genuinamente indigenistas andinas, hasta aquellas otras más próximas a un Buen Vivir gubernamental o estatalizante -en línea con los discursos de algunos gobiernos como los de Bolivia o Ecuador-, pasando por las que lo interpretan de manera abierta, subrayando su relación con otras propuestas alternativas al desarrollo actualmente existente⁸.

En este marco, y de cara a estudiar la posible incidencia que una estrategia de desmercantilización puede tener sobre las propuestas del Buen Vivir, debemos aclarar que partimos de una concepción abierta el mismo, en línea con lo apuntado por Alberto Acosta: *“De lo que se trata es de construir una sociedad solidaria y sustentable, en el marco de instituciones que aseguren la vida”* y *“en donde lo individual y lo colectivo coexistan en armonía con la Naturaleza”* (Acosta, 2013: 66). Esto supone que, dentro del debate existente, nuestra aproximación al Buen Vivir se inscribe entre las que lo consideran como una propuesta en construcción, como un horizonte interpretativo que –más allá de sus raíces andinas- está en línea con muy distintas propuestas de construcción social alternativa planteadas a lo largo y ancho del mundo. Desde esta perspectiva, se observa una abierta contradicción entre la idea de una sociedad solidaria y sustentable por un lado y la existencia de una sociedad de mercado por otro. En este sentido, es preciso hacer notar que la mercantilización presiona contra muy diversos aspectos vinculados con el Buen Vivir y al mismo tiempo contribuye a reducir espacios y recursos que son muy importantes para su logro.

Sin embargo, a la hora de profundizar algo más en esta cuestión debemos detenernos en el análisis de aquellos ámbitos y procesos a través de los cuales puede afectar más específicamente la desmercantilización a las propuestas sobre el Buen Vivir. En este sentido, consideramos que la relación entre ambas

⁸ En los últimos meses se han publicado diversos textos de interés que muestran algunas de las diferencias existentes en la interpretación del Buen Vivir andino. Entre ellos se encuentra un dossier titulado *En busca del Sumak Kawsay*, en el número 48 de la revista *Iconos* (FLACSO, Quito, 2014), coordinado por V. Breton, D. Cortez y F. García, y en el que se presentan contribuciones, entre otros autores, de A. L. Hidalgo-Capitán y A. M. Cubillo-Guevara, F. Belotti, A. Viola, o S. Vega. También recientemente se ha publicado una interesante compilación titulada *Bifurcación del Buen Vivir y el Sumak Kawsay* (Oviedo, Ed., 2014) con textos de E. Gudynas, J. Estermann, F. Alvarez, y J. Medina.

cuestiones puede estudiarse a partir de las tres dimensiones del Buen Vivir que son citadas de manera recurrente en la mayor parte de los trabajos y aproximaciones a este concepto: la *dimensión personal*, la *dimensión social*, y la *dimensión ambiental* o de inserción en el conjunto de la naturaleza.

Por lo que respecta a la primera de estas tres dimensiones, es preciso tener en cuenta que la desmercantilización afecta a la *dimensión personal* del Buen Vivir en la medida en que una sociedad menos dependiente del mercado podría permitir una mayor autorrealización personal. Hay que tener en cuenta que gran parte de la vida de las personas se encuentra condicionada actualmente por la creciente mercantilización de todo tipo de actividades, incluidas aquellas que afectan más directamente a las propias relaciones humanas o al mundo de los afectos. Las personas se ven obligadas a dedicar cada vez un mayor número de horas a realizar trabajos remunerados, para poder adquirir en el mercado diversos tipos de bienes y servicios. Algunos de ellos resultan muchas veces superfluos, existiendo además necesidades que podrían ser resueltas de manera más satisfactoria en otros ámbitos distintos de los del mercado, especialmente cuando este está crecientemente centralizado y resulta cada vez más anónimo.

Todo lo anterior limita considerablemente algunas opciones de las personas para dedicar más tiempo a la expansión de sus capacidades, a las relaciones humanas, al ocio, y en general o aquellas actividades que suponen una mayor satisfacción personal. Y al mismo tiempo, la creciente dependencia del mercado en todas las facetas de la vida incide en la creciente vulnerabilidad de las personas y el aumento de la incertidumbre y la inseguridad humana frente a los constantes cambios que se producen en aquél.

Además, la desmercantilización tiene que ver, en segundo término, con la *dimensión social* del Buen Vivir. En efecto, el constante incremento del espacio del mercado está afectando de forma negativa tanto a la equidad y la cohesión social, como a confianza colectiva, la conformación de redes sociales y la propia organización de la vida comunitaria. La idea de un orden social basado sobre las fuerzas del mercado y en el supuesto equilibrio resultante de la defensa de los distintos intereses individuales a través de la mano invisible ha mostrado sobradamente su debilidad. Paralelamente a ello, los esfuerzos desplegados en la últimas décadas de cara a liberalizar la economía y ampliar

la esfera del mercado a todos los ámbitos ha traído como consecuencia un considerable aumento de la desigualdad social, la cual ha venido siendo puesta de manifiesto en diversos trabajos recientes. En la actualidad nos encontramos con sociedades cada vez menos cohesionadas en donde las personas se ven obligadas a competir entre ellas para poder sobrevivir en mejores condiciones, dejando de lado los elementos de cooperación y colaboración mutuas que permiten incrementar la cohesión social, la confianza mutua, y la seguridad colectiva. Además, todo ello incide asimismo en la propia eficiencia de la economía ya que, como ha sido señalado desde la economía institucional, los costes de transacción aumentan en la medida en que se debilitan las redes de confianza.

Dentro de este ámbito de la dimensión social, es preciso considerar la incidencia específica la ampliación de la esfera del mercado tiene sobre las relaciones de género y la equidad entre los géneros hombres y mujeres. Como ha sido numerosas veces señalado desde la economía feminista, la irrupción del mercado en diferentes aspectos del ámbito reproductivo plantea muy importantes interrogantes sobre la sostenibilidad de la vida humana. Ello pone de manifiesto la necesidad de analizar en profundidad el problema de la mercantilización de la vida en general, con especial atención al tema de los cuidados, lo que presenta algunos desafíos. En primer lugar, hay que señalar la dificultad de clasificar las tareas del hogar en mercantilizables o no mercantilizables, dada la componente subjetiva que pueden incorporar (Carrasco, 2001). Pero, además, es preciso considerar también la importancia de que la desmercantilización de una parte de dichas actividades descansa sobre una justa y equitativa distribución del trabajo y del tiempo entre hombres y mujeres.

Por último, la cuestión de la desmercantilización está asimismo relacionada con la *dimensión medioambiental* del Buen Vivir, contribuyendo a una reducción del impacto sobre los recursos de algunos tipos de actividades. A este respecto, es necesario tener en cuenta que el tamaño de los mercados afecta a cuestiones esenciales para el uso de los recursos como es el caso del transporte, lo que incide asimismo en la ordenación del territorio y en la consideración otorgada a las distintos tipos de actividades humanas. En este orden de cosas hay que hacer notar también que la presión de las últimas décadas hacia un aumento

constante de producción mercantil ha derivado en una mayor utilización de energía y materiales, de la mano de la obsolescencia programada y la sustitución permanente de unos productos por otros. Ello, a la vez que dificulta los procesos de reciclaje, ha generado una dependencia cada vez mayor de las personas respecto de los mercados, limitando su autonomía y capacidad de decisión.

Llegados a este punto cabría preguntarse sobre las implicaciones que pueden tener todos estos elementos en la evolución del PIB y sobre la manera en que puede afectar la desmercantilización a esta variable directamente relacionada con el crecimiento. Lógicamente, una reducción de la esfera del mercado podría producir un impacto en ese terreno ya que, a fin de cuentas, el PIB refleja el valor de mercado de lo que se produce. Sin embargo, se trata de algo escasamente relevante a los efectos de lo que aquí nos interesa resaltar. La desmercantilización puede generar un menor crecimiento, o incluso un descenso del PIB, pero también puede haber un descenso del PIB sin que disminuya la incidencia del mismo en la vida de las personas, ni aumente su bienestar⁹. Por ello, la defensa de la desmercantilización que aquí se realiza no está orientada expresamente al objetivo del decrecimiento, aunque eventualmente pudiera tener algún efecto en la evolución de algunas variables monetarias como es el PIB.

Finalmente, antes de analizar posibles vías para una estrategia de desmercantilización, debe hacerse una puntualización sobre la importancia y profundidad de algunos cambios sociales producidos en los últimos dos siglos – y muy especialmente en las últimas décadas-, que inciden en algunos aspectos del orden social, generando múltiples interdependencias y limitando la viabilidad de alternativas contempladas al margen de ellas. En la actualidad existen muy diferentes tipos de comunidades y sociedades humanas, que van desde el ámbito local hasta el global, atravesando un variado y complejo entramado de interrelaciones relaciones a muy distintos niveles. Ello hace que no sea posible plantearse la construcción del Buen Vivir en las comunidades

⁹ Podría recordarse a estos efectos la caída del 10% promedio del PIB/hab. en A. Latina entre 1980 y 1990, o las recientes caídas del PIB/hab. en varios países europeos sin que ello haya representado, sino al contrario, una mejora en las condiciones de vida de la gente.

rurales andinas o en las aldeas del Himalaya sin tener en cuenta las limitaciones derivadas de los procesos que se dan en otros ámbitos o las alternativas que se plantean en ellos. Es decir, que si bien es de gran interés conocer y estudiar las aportaciones que pueden hacerse al Buen Vivir desde las realidades locales y las formas de vida existentes en ellas durante siglos, no puede perderse de vista que la mayoría de la humanidad vive en núcleos urbanos, en los que el mestizaje cultural es creciente, en donde las referencias sobre las que basar una nueva convivencia humana son objeto de múltiples debates, los cuales a su vez no pueden superarse de los que se derivan de los problemas y retos impuestos por la globalización.

Partiendo de estas consideraciones, las propuestas del Buen Vivir -y, en general, todas aquellas que se plantean como alternativas al modelo de desarrollo dominante- deben tener en cuenta las diversas limitaciones, referencias, valores y anhelos que afectan al conjunto de los seres humanos. Pero, al mismo tiempo, deben contemplar otros aspectos que se enmarcan en las condiciones específicas y en la historia de cada sociedad y cada territorio, todo lo cual llevaría a plantear, de acuerdo con Xavier Albó, la idea de una pluralidad de Buenos Vivires o Buenos Convivires (Albó, 2009).

La sociedad de mercado, y otras formas de organización social.

De acuerdo a lo planteado en el punto anterior, la *desmercantilización* de la sociedad, entendida como estrategia orientada a reducir la esfera del mercado y a limitar su influencia en la vida social constituye un elemento básico en el debate sobre posibles alternativas, dentro de las cuales se encuentran las que –de manera abierta- confluyen en la idea del Buen Vivir. La superación de la lógica del mercado como principio organizador de la sociedad, abriendo nuevos espacios para distintas formas de interrelación humana, pasa así a ocupar un lugar central en dichas propuestas alternativas.

En realidad, el vínculo entre desmercantilización y Buen Vivir no es algo nuevo, ya que está presente en distintos trabajos publicados en los últimos años, aunque en ellos no se haya profundizado en esta cuestión. Así, Acosta (2013: 143-144) señala que *“lejos de una economía sobredeterminada por las relaciones mercantiles, se promueve una relación dinámica y constructiva entre mercado, Estado y sociedad”*, mientras que, en otro texto, el propio Alberto

Acosta plantea junto a Eduardo Gudynas que “*el Buen Vivir es un concepto que se cimienta en un entramado de relaciones, tanto entre humanos como con el ambiente, en vez de una dualidad que separa a la sociedad de su entorno y a las personas entre sí*” (Gudynas y Acosta, 2011: 81). Es precisamente la necesidad de contemplar y analizar ese entramado de relaciones y su relación con el Buen Vivir, la preocupación que late en este trabajo.

Para avanzar en esa dirección tratando de concretar un poco más todo ello, nos basaremos en la crítica de la sociedad de mercado planteada en 1944 por Karl Polanyi, y en las ya clásicas tres categorías que él propuso para estudiar las formas de integración social. Como es bien conocido, en *La Gran Transformación*, Polanyi analizó las tres maneras principales que, a lo largo de la historia, han servido para vertebrar y organizar la sociedad para lograr su sustento y su reproducción mediante algún tipo de interacción institucionalizada, dividiéndolas en tres grandes categorías: la reciprocidad; la redistribución; y el intercambio a través del mercado.

Si bien no es este el lugar apropiado para explicar en profundidad el punto de vista de Polanyi sobre cada una de estas categorías, señalaremos algunos rasgos principales de las mismas tal como fueron planteadas por él, y han venido siendo estudiadas con posterioridad.

En primer término, la *reciprocidad*, como elemento de integración social, implica una cierta *relación de simetría*, lo que vendría a suponer que los diferentes miembros o grupos están en condiciones homologables de dar y de recibir, actuando de forma similar en ambas direcciones¹⁰. Implica asimismo una *racionalidad distinta* a la utilitarista convencional, no basada en el egoísmo pero tampoco necesariamente en el altruismo; una forma de relación basada en la aproximación mutua, el conocimiento del *otro* o de los *otros*, y en el establecimiento de algún tipo de vínculo o de sentimiento afectivo. La reciprocidad se basa por último en un *principio de organización social*, que trasciende los aspectos económicos y tiene que ver con cuestiones simbólicas, de prestigio, lo que sustenta una institucionalidad basada en buena medida en

¹⁰ En algunas aproximaciones la noción de reciprocidad tiende a sintetizarse en una triple obligación no escrita: dar, recibir, devolver.

la confianza. En este sentido, la existencia de una parte de gratuidad o de desinterés, ha sido muchas veces defendido como fundamento de una relación social más sólida.

En segundo lugar, la *redistribución* constituye una forma de integración social que implica la existencia de una cierta *relación piramidal* o de agrupamiento basado en una centralidad ya que, a diferencia de la reciprocidad, la apropiación no se produce desde puntos diferentes y simétricos, sino que se basa en movimientos de aproximación hacia un centro y luego hacia el exterior. Supone también la necesidad de algún *patrón redistributivo*, de una pauta en base a la cual llevar a cabo tanto la agrupación como el reparto, lo que requiere un pacto sustentado en la costumbre o en la ley¹¹. E implica por último una *institucionalidad* reconocida y aceptada sobre la que hacer descansar los esquemas redistributivos, la cual puede adoptar múltiples formas y escalas.

Finalmente, en tercer lugar, se encuentra el *intercambio a través del mercado*, como otra forma de organización social que puede contribuir a la satisfacción de las necesidades derivadas del funcionamiento de las sociedades humanas, su sustento y su reproducción. Este tipo de intercambio ha adoptado muy diferentes formas a lo largo de la historia en unos y otros tipos de sociedades pero supone la posibilidad de una *relación entre puntos dispersos o fortuitos del sistema*¹². Ello requiere que, para poder generar integración, asociación entre las partes, el intercambio precisa de un sistema de mercado, que se rige en base a precios y en base a mecanismos de oferta y demanda. Ahora bien, ello requiere también de una *racionalidad utilitarista*, que incide en la consideración de las opciones más ventajosas a la hora de comprar o vender. Y significa igualmente la necesidad de una cierta *institucionalización*, de unas reglas -más o menos precisas según el grado de complejidad social- para que el mercado pueda funcionar.

¹¹ Lógicamente los patrones redistributivos y las referencias para los mismos han ido variando a lo largo de la historia, desde los sistemas de protección hacia las personas más vulnerables de las comunidades más antiguas hasta los distintos sistemas de protección social universal de las sociedades contemporáneas.

¹² Esto no implica que en determinados mercados locales, factores como la cercanía o el conocimiento previo no puedan influir sobre su funcionamiento o sobre la mayor o menor flexibilidad de los precios.

Es importante subrayar que estas tres formas de integración, estas diferentes maneras de vertebrar u organizar la sociedad mediante una interacción institucionalizada, no se plantean de manera aislada, sino que han coexistido en el seno de casi todas las sociedades representando relaciones complementarias o suplementarias dependiendo de las circunstancias históricas. Lo que diferencia y caracteriza a la economía de mercado es que dicha institución, al revés de lo ocurrido en otros contextos históricos y culturales es en la actualidad absolutamente hegemónica, condicionando todo el funcionamiento social.

La manera en que se ha producido la institucionalización de la actual economía de mercado y el proceso de construcción de la sociedad de mercado tal como hoy la conocemos ha sido una cuestión ampliamente estudiada y debatida a lo largo de las últimas décadas¹³. No es propósito de este trabajo profundizar en esta cuestión, pero conviene subrayar algunas de las características más relevantes de este proceso, así como sus consecuencias más importantes en algunos ámbitos, ya que ello puede ayudar a nuestro análisis sobre la relación entre desmercantilización y Buen Vivir.

Siguiendo a Polanyi, es preciso recordar es que la acelerada mercantilización de la vida social ha requerido de una base ideológica, para lo que fue necesario promover, elevando a categoría, la idea de organizar el sustento de la sociedad partiendo del móvil individual de la ganancia, frente al móvil de la subsistencia colectiva. De esta manera la idea homo economicus se erigiría en el fundamento del orden social, como principio organizador de la sociedad de mercado, en la que, a su vez, la idea de la escasez se convertiría en el eje de la teoría económica. En segundo término, dicho proceso ha ido de la mano de la creciente separación de las personas respecto de los medios de subsistencia, lo que les fuerza a que necesariamente tengan que obtener su sustento a través del mercado. Y en tercer lugar, la mercantilización forzosa de la sociedad ha requerido de una institucionalización de la sociedad de mercado, de unas estructuras de apoyo (legislaciones, códigos, instituciones...) orientadas a destruir las bases sociales preexistentes y sin las cuales difícilmente hubiera podido consolidar una hegemonía tan extraordinaria.

¹³ La obra de Polanyi constituye una referencia esencial en dichos análisis.

Este proceso ha tenido diversas consecuencias que han afectado a todos los órdenes de la vida humana. Por un lado, se ha producido una casi completa mercantilización del trabajo, convirtiéndolo exclusivamente en mercancía intercambiable por dinero. De esa manera se han ido eliminando otras formas de trabajo social, voluntario, comunitario, etc. a la vez que se ha pretendido invisibilizar el trabajo no remunerado que se lleva a cabo en la esfera reproductiva -realizado mayormente por mujeres- profundizando así en la discriminación en función del género. Por otra parte, se ha profundizado notablemente en la mercantilización de la naturaleza, llevándola hasta sus últimas consecuencias, convirtiendo en simple mercancía los recursos naturales -y hasta pretendiendo patentar formas de vida-. Todo ello ha conducido de manera paulatina a una separación casi absoluta entre el ciclo económico y el ciclo de la vida, con el consiguiente impacto sobre la insostenibilidad y crisis del modelo. Nos encontramos, en suma, ante una mercantilización del conjunto de la vida, en la que la sociedad ha pasado a ser considerada y gestionada como elemento auxiliar del mercado, quedando todo incluido y condicionado al funcionamiento de este último.

En resumen, podemos concluir que la mercantilización creciente y forzosa a la que hemos venido asistiendo presiona contra el Buen Vivir en la medida en que reduce espacios para la realización personal, quebranta la solidaridad y la cohesión social, afecta negativamente al trabajo reproductivo y la equidad de género, disminuye la sostenibilidad, y merma la confianza colectiva. En estas condiciones, la desmercantilización de la sociedad se presenta a la vez como una necesidad y como una oportunidad para el avance hacia el Buen Vivir y, en general, hacia formas de vida alternativas. De ahí que sea útil plantear -siquiera como ejercicio teórico- las implicaciones -y, por qué no, las posibles limitaciones- de una estrategia de esta naturaleza.

Reciprocidad, Redistribución y Redimensionamiento del Mercado

Partiendo de lo expuesto en el punto anterior, y de las tres principales categorías de interrelación social planteadas por Polanyi, consideramos que existe un interesante campo para explorar una estrategia de desmercantilización basada en tres pilares fundamentales: Reciprocidad, Redistribución, y Redimensionamiento del Mercado. Por ello, resulta de interés

debatir sobre las potencialidades y los problemas que cada una de estas propuestas. Ello implica analizar los elementos o bases teóricas que cada una de ellas pueden aportar a la construcción del Buen Vivir y, al mismo tiempo, considerar y discutir en qué medida pueden tener aplicabilidad o viabilidad práctica a diferentes niveles y en distintos tipos de sociedades, de acuerdo con lo ya apuntado sobre los cambios operados en la configuración de las sociedades humanas.

La reciprocidad y el Buen Vivir

La *reciprocidad* plantea varios elementos de interés para avanzar en la desmercantilización en la medida en que se trata de un tipo de relación social que puede contribuir a la cohesión social y al aumento de la confianza mutua, favoreciendo de esa forma una mayor equidad así como el desarrollo de capacidades colectivas.

Una relación social con base en formas de reciprocidad puede también favorecer la democracia y la participación, incrementando la capacidad de decisión de la gente y su empoderamiento. Del mismo modo puede dar cabida a múltiples tareas asociadas a los cuidados y a la esfera reproductiva, favoreciendo la equidad de género siempre, eso sí, que no implique que tareas que hoy en día se han mercantilizado vuelvan a ser responsabilidad única de las mujeres.

Sin embargo, es preciso tener en cuenta que la reciprocidad ha sido normalmente asociada a las sociedades locales y a la vida comunitaria, espacio en que esta forma de relación social ha encontrado su cauce natural. Ello plantea la necesidad de considerar algunos problemas presentes en las actuales sociedades abiertas y plurales, los cuales no pueden obviarse a la hora de proponer alternativas con base en la reciprocidad. Uno de estos problemas es el elevado grado de centralización así como la creciente individualización de las relaciones entre las personas, especialmente en el mundo urbano, lo que dificulta el ejercicio de la reciprocidad. Ciertamente, la reciprocidad no depende en todo de la cercanía, pero es evidente que guarda una cierta relación con ella. Otro asunto a tener en cuenta es la ya mencionada separación radical que existe actualmente entre los seres humanos y los

medios de subsistencia, lo que en muchos ámbitos –especialmente urbanos– puede constreñir las relaciones de reciprocidad al ámbito de lo inmaterial.

En consecuencia, la idea de la reciprocidad como una alternativa a la mercantilización creciente presenta problemas en las actuales sociedades complejas y abiertas. Ahora bien, ello no significa que no haya caminos por explorar ni experiencias a tener en cuenta. En este sentido, además de las múltiples posibilidades que la reciprocidad plantea en los ámbitos locales (no sólo en el ámbito rural, sino también en los barrios de las ciudades, en las comunidades de vecinos, etc.), existen hoy en día interesantes experiencias de intercambio recíproco en la red como las iniciativas P2P (peer to peer), los bancos de tiempo y otras que pueden permitir ganar espacios al mercado favoreciendo formas de vida más acordes con el Buen Vivir.

La redistribución y el Buen Vivir

La *redistribución* constituye la segunda de las propuestas que pueden vertebrar una estrategia de desmercantilización para el Buen Vivir. Frente a las relaciones basadas únicamente en el mercado y en la necesidad de que las personas deban afrontar individualmente sus problemas independientemente de su condición, la redistribución favorece una mayor equidad y cohesión social, contribuyendo también a la confianza mutua y al incremento del bienestar colectivo.

En esa misma línea, la apuesta por elementos de redistribución frente a la lógica del mercado contribuye a la idea del bien común frente a la del interés individual, al tiempo que obliga a profundizar y consensuar democráticamente los objetivos cambiantes sobre los que basar la redistribución. Además, la redistribución como elemento de relación social puede contribuir a la eficiencia social y ecológica, mediante la provisión de servicios públicos sostenibles no necesariamente rentables en términos estrictamente de negocio.

Ahora bien así como la reciprocidad suele asimilarse a la comunidad, la idea de redistribución ha sido asociada normalmente a los ámbitos gubernamentales y, muy especialmente, al Estado-nación. Es cierto que han existido a lo largo de la historia formas de organización social basadas en la redistribución con mucha anterioridad a la aparición del Estado, las cuales han estado además presentes en muy distintos contextos culturales. Ahora bien, es preciso señalar

que, en las sociedades capitalistas, buena parte de las propuestas teóricas y políticas en clave redistributiva han tenido al Estado como pilar esencial de la estrategia. De ahí que, en la actualidad, el desbordamiento fáctico del estado-nación y primacía de procesos económicos globalizados, plantean además una serie de retos para las estrategias redistributivas, que es preciso tener en cuenta.

Entre ellos está la necesidad de contemplar diferentes escalas redistributivas que van desde lo global hasta lo local, lo que plantea la necesidad de una institucionalidad diversa y compleja en línea con los que se ha venido a llamar llamado gobernanza multinivel. Al mismo tiempo, se requiera considerar la creciente dificultad de establecer criterios redistributivos basados en la equidad y la eficiencia social que precisan a su vez de acuerdos sobre formas de vida justas, deseables y/o sustentables en un contexto de referencias culturales múltiples y cambiantes. En ese sentido, no puede obviarse que el carácter multicultural de las sociedades actuales, hace que no se parta ya de códigos culturales compartidos, de intereses colectivos más o menos definidos por la costumbre o las características de la comunidad, sino que sea necesario un ejercicio de ciudadanía y de responsabilidad colectiva capaz de sustentar cualquier estrategia de redistribución¹⁴.

Sin embargo, y pese a estos problemas, la redistribución como alternativa a la mercantilización sigue siendo una cuestión fundamental que requiere tratamientos distintos a diversas escalas. Desde iniciativas locales como los bancos de alimentos, o la exención de tasas a sectores más vulnerables en la provisión de algunos servicios básicos, hasta llegar a las propuestas sobre fiscalidad internacional, pasando por las siempre necesarias medidas redistributivas a escala de cada país como es el caso de las reformas agrarias. El abanico de posibilidades es grande, pese a las dificultades existentes.

¹⁴ Vale la pena traer aquí la observación de Bauman sobre el Estado social como *“la última encarnación de la idea moderna de comunidad, es decir, la materialización institucional de esa idea en su forma moderna de **totalidad imaginada**, forjada a partir de la conciencia y la aceptación de la dependencia recíproca, el compromiso, la lealtad y la confianza”* (Bauman, 2010: 85)

El redimensionamiento del mercado y el Buen Vivir

Finalmente, en tercer lugar, es preciso considerar también las posibilidades existentes en el propio ámbito del intercambio de mercado. Se trata de propuestas que irían en la línea de un *redimensionamiento el mercado* y de una reconsideración del papel que el mismo juega y debe jugar en la sociedad, con el objetivo de transitar desde una sociedad *de* mercado hacia una sociedad *con* mercados.

Como es sabido, la existencia del mercado y la satisfacción de parte de las necesidades a través del mismo es muy anterior al capitalismo, habiéndose mostrado a lo largo de la historia un buen número de ventajas que ofrecen algunas formas de mercado como elemento de relación social estarían. Entre ellas se encuentra la posibilidad de facilitar el contacto y la complementariedad a la hora de hacer frente a necesidades humanas distintas entre las personas y las instituciones que forman parte de la sociedad. Tampoco es desdeñable la posibilidad que brindan los intercambios a través del mercado de conocer formas diversas de satisfacer dichas necesidades de manera más provechosa o eficiente en términos sociales o ecológicos. O incluso la posibilidad de ofrecer medios de vida a personas que están más directamente involucradas en la actividad mercantil.

Sin embargo, no es menos cierto que, en la actualidad, el tamaño, la complejidad y la centralización de la mayoría de los mercados dificultan notablemente una repercusión más positiva de los mismos en términos sociales o ecológicos. Ello guarda estrecha relación con la creciente dificultad de control desde la sociedad y desde las instituciones de dichos mercados que escapan al escrutinio público y acaban imponiendo sus propias normas al conjunto de la sociedad. Por ello, la posibilidad de redimensionar los mercados va indisolublemente unida al debate de algunos retos principales.

En primer lugar, debe plantearse la necesidad de limitar la escala de los mercados, favoreciendo el funcionamiento de mercados locales, en pos de una mayor cohesión interna desde la perspectiva de la rentabilidad social y del medio plazo. Al mismo tiempo, se requiere abordar el debate sobre la limitación del objeto, lo que implica algunas decisiones sobre lo que puede o no ser mercantilizable. Y, por último, es preciso generar una institucionalidad a diferentes escalas capaz de limitar los abusos que casi necesariamente se

generan en el funcionamiento del mercado, estableciendo una clara regulación del mismo para hacer que funcione -y no al revés- al servicio de la sociedad. Es evidente que se trata de retos complejos que requieren iniciativas y esfuerzos capaces de superar las dificultades existentes en las sociedades actuales. Sin embargo, existen hoy en día experiencias diversas para estudiar y analizar, las cuales pueden representar el germen de alternativas para una descentralización y democratización de los mercados que podrían favorecer una paulatina desmercantilización de la sociedad. Se trata, además, de propuestas e iniciativas que pueden facilitar la compatibilidad de unos mercados redimensionados con estrategias de reciprocidad y de redistribución como las apuntadas con anterioridad. En este ámbito se sitúan distintas prácticas sociales que, aun dentro de la esfera del mercado, apuestan por un redimensionamiento y una reorientación del mismo. Entre ellas pueden citarse las iniciativas de comercio justo, algunas cooperativas consumo, instituciones microfinancieras y banca ética, alternativas de crowdfunding, mercados alternativos, etc. En la mayor parte de los casos se trata además de propuestas que priorizan los mercados locales favoreciendo de esa forma su función como elemento vertebrador de la sociedad.

Concluyendo

Llegados a este punto, plantearemos algunas observaciones finales. No se trata de conclusiones acabadas pues el propósito de este trabajo es más bien abrir el debate y proponer vías de discusión.

Constatamos en cualquier caso la existencia de una gran variedad de propuestas, iniciativas y experiencias que, de una u otra forma, se relacionan con las tres dimensiones de las estrategias de desmercantilización aquí analizadas: la reciprocidad, la redistribución, y el redimensionamiento del mercado. Por otra parte, se trata de experiencias y prácticas sociales que enlazan con distintos debates y propuestas teóricas, que vienen ocupando el espacio del pensamiento crítico y que, pese a presentarse de diferentes formas, responden a un impulso similar.

Se trata de prácticas que, como señalábamos al principio citando a Coraggio, se buscan y se necesitan mutuamente. Por nuestra parte, añadiríamos que son propuestas que necesariamente se sitúan en la lógica del postcrecimiento

y para cuyo avance se requiere un proceso significativo de desmercantilización de las actividades humanas. Por ello, consideramos de interés resaltar algunas ideas que se derivan de este trabajo.

- La sociedad *de mercado* es contraria al Buen Vivir, en la medida en que forja seres humanos dependientes, crecientemente insatisfechos y vulnerables, destruye las bases de la cohesión social, y genera un modelo insostenible desde el punto de vista de los recursos.

- El objetivo del crecimiento económico descansa sobre la creciente mercantilización de conjunto de las actividades humanas y de la naturaleza, simbolizando el valor monetario atribuido a las mismas en el mercado, al margen de su valor social y de su contribución al bienestar humano (y al Buen Vivir).

- Las estrategias orientadas al Buen Vivir y a la búsqueda de alternativas de organización social no pueden descansar en el crecimiento, pero tampoco tienen que asociarse necesariamente a la idea del decrecimiento, ya que ambas cosas pueden entenderse en clave de mercado. Es necesario salir de la lógica del crecimiento y entrar en una era de postcrecimiento.

- La desmercantilización está vinculada al impulso de la reciprocidad y la redistribución, y también al redimensionamiento del mercado, como formulas o caminos principales para avanzar hacia otro modelo de relaciones humanas

- La articulación de estos patrones dependerá de situaciones espaciotemporales concretas, conformadas por estructuras institucionales que les dan sentido. Y esas formas e instituciones pueden basarse, en distintas proporciones y según las circunstancias, en la reciprocidad, en la redistribución, y en el intercambio de mercado, sin que este último constituya una forma hegemónica que anule las otras dos.

- Ello invita a pensar en distintos "*entramados de relacionalidades*", es decir, a distintas formas de organización del Buen Vivir, o de otros modelos alternativos de organización de la vida social, lo que deberá ajustarse a la particularidad de las circunstancias históricas y culturales en línea con la idea de *Buenos Vivires*. Pero además, en las circunstancias actuales, la necesaria convivencia entre esas diversas formas de organización social y la existencia de un mundo crecientemente interdependiente obliga a pensar en clave de *Buenos Convivires*.

Referencias bibliográficas

- Acosta, A. (2013): *El Buen Vivir. Sumak kawsay, una oportunidad para imaginar otros mundos*. Icaria-Antrazit. Barcelona.
- Albó, X. (2009): *Suma Qamaña = El Buen Convivir*. CIPCA, Bolivia.
- Alvarez Cantalapiedra, S. et al. (2012): "Por una economía inclusiva. Hacia un paradigma sistémico", en *Revista de Economía Crítica* nº 14 (pp. 277-301).
- Attali, J. et al. (1979) : *El mito del desarrollo*. Kairós. Barcelona.
- Bauman, Z, (2010): *El tiempo apremia. Conversaciones con Citlali Rovirosa-Madrazo*. Arcadia. Barcelona
- Bermejo, R. et al. (2010): *Menos es más: del desarrollo sostenible al decrecimiento sostenible*. Cuadernos de Trabajo nº 52. Instituto Hegoa - UPV/EHU. Bilbao.
- Bonaiuti, M. (2006): "A la conquista de los bienes relacionales", *Revista Silence, monográfico Objetivo Decrecimiento*, Leqtor, Barcelona, 2006.
- Carrasco, C. (2001): "La sostenibilidad de la vida humana ¿Un asunto de mujeres?", en *Mientras Tanto* nº 82 (pp. 43-70)
- Coraggio, J.L. (2011): *Economía Social y Solidaria. El trabajo antes que el capital*. Abya-Yala. Quito.
- Gudynas, E. y A. Acosta (2011): "El Buen Vivir, más allá del Desarrollo", en *Quéhacer* nº 181. DESCO. Lima.
- Hamilton, C. (2006): *El fetiche del crecimiento*, Laetoli, Pamplona.
- Hirsch, F. (1977): *Social Limits to Growth*, Harvard University Press. Cambridge.
- Latouche, S. (2006): *Le pari de la décroissance*. Fayard. París.
- Max-Neef, M. (1994): *Desarrollo a escala Humana*, Nordan-Icaria. Barcelona.
- Martinez Gonzalez-Tablas, A. (2011): "La financiarización de la economía actual", en *Papeles de relaciones ecosociales y cambio global* nº 114. Madrid (pp. 25-36).
- Meadows, D. et al. (1972): *The limits to growth*. Potomac Associates Books. New York.
- Mishan, E.J. (1989): *Los costes sociales del desarrollo económico*. Oikos-Tau. Barcelona.
- Polanyi, K. (1997): *La Gran Transformación. Crítica del liberalismo económico*. Ed. La Piqueta. Madrid.

Scitovski, T. (1976): *The Joyless Economy*, Oxford University Press. Oxford, 1976

Unceta, K. (2012): "Crecimiento, Decrecimiento, y Buen Vivir", en A. Guillén y M. Phélan (comps.): *Construyendo el Buen Vivir*. PYDLOS-Universidad de Cuenca. Cuenca, Ecuador (pp. 85-96).

Unceta, K. (2013): "Decrecimiento y Buen Vivir ¿paradigmas convergentes? Debates sobre el postdesarrollo en Europa y América Latina" en *Revista de Economía Mundial* nº 35, (pp. 197-216).

Von Weizsäcker, E.U., L. H. Lovins y A. B. Lovins (1997): *Duplicar el Bienestar con la mitad de recursos naturales*, Galaxia Gutemberg, Barcelona.